

El espectáculo del trabajo

Santos Sanz Villanueva

Desde hace varios lustros vengo quejándome de la clamorosa ausencia del mundo laboral en las novelas españolas. Lo habitual es encontrar escritores, artistas, ejecutivos, jóvenes acomodados insatisfechos, abnegados milicianos de la última guerra civil, cuando no templarios enfebrecidos, curas sabuesos o monjes visionarios. Se dice que en una democracia cuando se produce una llamada de madrugada a la puerta de una casa sólo puede ser el lechero. Nuestros novelistas han rectificado la sentencia: si ello ocurre, no será el lechero, tampoco la policía; seguramente se tratará de un escritor en graves apuros de creatividad que acude al domicilio de un colega para consultarle alguna apremiante duda formal. Hallar en nuestras ficciones gente de oficios comunes, no digo ya proletarios sino albañiles, simples oficinistas o empleados de supermercado cuesta más que encontrar una aguja en un pajar. A tal punto han llegado las cosas –y pido disculpas por repetir una latosa cantilena– que parece como si nuestras novelas hubieran renunciado al análisis de la realidad material y social común y le hubieran cedido el testigo al cine, que sí ha sido sensible al asunto, tanto en el extranjero, con las películas de Ken Loach o la famosa *Full Monty*, de Peter Cattaneo, como en España con *Los lunes al sol*. El éxito de taquilla de estos filmes indica que esa problemática no es indiferente a la sociedad y que más bien son los escritores, menos sensibles a lo urgente que los cineastas, quienes vienen hurtando una realidad interesante, además de valiosa.

Isaac Rosa. *La mano invisible*, Seix Barral, Barcelona, 2011.

Frente a esta situación generalizada, *La mano invisible* se centra de modo exclusivo, y excluyente, en el trabajo y en la realidad misma de la actividad laboral. Isaac Rosa lleva a la novela a un albañil, un carnicero, un mecánico, una teleoperadora, un mozo de almacén, una mecanógrafa, una preparadora en cadena de cajas de piezas, una limpiadora, y algún otro empleado común contratados por una misteriosa empresa. Los planta en la novela y los pone a trabajar. Y nosotros, lectores, los vemos en el cotidiano desarrollo de sus respectivas ocupaciones. De este modo, el trabajo en sí mismo se convierte en el difícil motivo de la obra. Este planteamiento induce inevitablemente a evocar términos de la retórica marxista como alienación o cosificación hoy medio amortizados y que dan una inevitable clave del fundamento ideológico de la obra. *La mano invisible* tiene su filiación más clara con la narrativa social obrerista; sin embargo, de ninguna manera es una secuela tardía del realismo socialista, sino una novela innovadora y original.

La originalidad, digo, es el primer rasgo de *La mano invisible*. El mundo del trabajo, desde la mina a los oficios menestrales, ocupó buena parte de la narrativa progresista decimonónica. Sin embargo, el interés de los escritores de entonces (sea el Pérez Galdós del gran retrato colectivo madrileño de *Fortunata y Jacinta* o el Zola ceñido a la explotación minera de *Germinal*) lo insertaba en un conflicto más extenso, el de la problemática de la burguesía liberal o de la lucha de clases, y pasaba a formar parte del retrato global de la sociedad capitalista. Las aspiraciones individuales quedaban reproducidas en el complejo entramado de lo sentimental, lo económico o lo moral. Isaac Rosa se carga de un plumazo este planteamiento y deja a los trabajadores en su pura esencia de trabajadores, sin otros vínculos con lo ajeno a su actividad. Su reto personalísimo consiste en privar a sus personajes de dimensiones típicas de la novela burguesa: los protagonistas carecen de psicología particularizada; no tenemos un retrato de ellos que señale sus rasgos físicos ni su forma de vestir y, desde luego, carecen de la más obvia marca particularizadora de las personas, el nombre propio. No muestra a Fulanita que es teleoperadora y a Menganito que es carnicero, sino a una teleoperadora y a un carnicero. Esto, claro, supone encarnar la protagonización

en arquetipos, un peligro que el autor consigue sortear en buena medida gracias a que, aun siéndolo, los muestra como alguien concreto, como un específico trabajador en el desarrollo de su cometido.

Otro desafío afronta Isaac Rosa al desenraizar el mundo laboral del territorio literario costumbrista donde ha tenido su asiento habitual. Con este fin pone en juego la energía inventiva que requiere un escritor no simplemente mimético y apela a la imaginación –una imaginación moral, diríamos– como vehículo de exposición e interpretación de la vida. Su planteamiento resulta de nuevo original y arriesgado al concebir el trabajo como un espectáculo desarrollado a la vista del público curioso que quiera asistir a presenciar la labor de los personajes. El contrato suscrito por los trabajadores con la extraña empresa que los emplea incluye el que puedan ser observados y así ocurre con su actividad, que se desarrolla en una vieja nave donde se ha instalado una amplia tribuna para los espectadores. La idea tiene una evidente analogía con la recreación virtual de la vida cotidiana desarrollada hace unos años en la excelente e inquietante película de Peter Weir *El show de Truman*, pero no disminuye el mérito de la novela porque Rosa la acomoda con personalidad a su objetivo de mostrar el trabajo como espectáculo en el que se visualiza la enajenación inherente al consabido castigo bíblico. El lector se convierte en espectador del espectáculo y de este modo lo que aparenta un juego imaginativo se convierte en un efecto de distanciamiento de corte brechtiano.

Por este camino, *La mano invisible* toma una deriva kafkiana subrayada por otro elemento imaginativo de gran calidad: los personajes desarrollan un trabajo inútil. El albañil levanta con minuciosa pericia una pared y al acabarla la destruye; la mecanógrafa copia páginas de un libro que no van destinadas a nadie, etcétera. Este sinsentido del trabajo se debe al señalado planteamiento seminal del autor de ceñirse a la pura experiencia laboral como un ejercicio enajenante, pero no impide los flecos sociologistas del asunto. Las condiciones abusivas del contrato, las exigencias *in crescendo* del ausente patrón, las penalidades físicas, la insolidaridad, el temor a perder la ocupación..., complementan el relato ensimismado del trabajo y del trabajador.

Páginas y páginas de prosa analítica con gran peso del registro especulativo plasman la actividad de los diversos trabajadores. Existen momentos ocupados por anécdotas entretenidas, y situaciones inspiradas en ocurrencias curiosas, e ironías sagaces que animan el argumento, pero este responde a un desarrollo por deliberación, y casi por fuerza, reiterativo. La monotonía de las acciones se corresponde con el diseño repetitivo de la novela, más que justificado en función de evidenciar una condición básica del trabajo de la era industrial, mecánico. La forma tiene algo de metáfora del contenido y el relato resulta monótono y reiterativo, quizás hasta un punto de exceso, pues el autor abusa del recurso –en el que, por otra parte, revela maestría y virtuosismo– y la novela fatiga en un grado innecesario.

De todas maneras, esa marcha un tanto paralítica de la peripecia (o de la falta de peripecia) se aboca a un desenlace argumental cerrado. Concluido el experimento laboral (nunca sabremos ni los personajes ni los lectores la finalidad perseguida), se cierra el plató o escenario y los trabajadores tendrán que buscarse la vida en otro sitio. El guarda de la nave, figura apenas insinuada hasta este último trecho narrativo, cobra aquí realce y su soliloquio anuda los hilos de la actividad laboral para ofrecer un sentido definitivo. El «teatro, circo, arte, experimento, broma» en la nave industrial es en esencia igual a la vida cotidiana fuera de ella, asegura con vehemencia el vigilante. He hablado de falta de peripecia y ahora se entiende bien el porqué de este elemento constructivo. Simbólicamente, la novela reproduce la rutina, esencia del trabajo (incluso del de aquellos, como el mecánico, que disfruta con la absurda afición a desmontar coches), y de ella se desprende su falta de sentido, como no sea el del proporcionar un dinero necesario («todo se reducía al sueldo», dice la chica que rellena cajas), su maldad intrínseca, su verdadera condición de castigo de nuestra especie, de drama y frustración y enajenación humanas, algo reforzado por la imagen de los trabajadores como expuestos en un zoológico. De este modo, *La mano invisible* adquiere dimensión existencial, sin por ello anular su valor sociológico.

La mano invisible rescata un tema tan necesario como importante. Al fin y al cabo, casi todos los humanos gastamos la mayor parte de nuestra vida trabajando, aunque la ficción española y

extranjera de este tránsito de centurias lo ignore. Pero no es esta recuperación de un asunto marginado en el presente, con todo el mérito que ello entrañe, lo más destacable desde el punto de vista literario. Lo es, en cambio, el conciliar una alerta comprometida de la escritura con grandes exigencias de renovación conceptual y formal. No ha ido Isaac Rosa al manido asunto de su libro con inocente adanismo, ni retomando los convencionales tratamientos del pasado, ni con facilismos en la escritura. La precisión y riqueza del léxico referido a los oficios revela dedicación y seriedad. La prosa llena de aplastantes encadenamientos sintácticos acierta a reproducir la interiorización del trabajo mediante la lengua. La forma, en conjunto, con su desapego de las convenciones narrativas, y con el riesgo implícito de producir un rechazo del lector cómodo, constituye una apuesta muy meritoria. Esta sensibilidad formal es lo que hace tan valiosa esta crónica narrativa del penoso espectáculo del trabajo. Nadie, hasta ahora, nos lo había contado de dicho modo; tampoco con parecida fuerza y semejante contundencia ©